

SEMINARIO DE CIENCIAS VETERINARIAS

VIDA Y VENTURA DEL VETERINARIO RURAL

Extracto de la Conferencia pronunciada en el
Colegio Oficial de Veterinarios de Barcelona,
el día 12 de marzo de 1957, por

D. Ramón Vilaró Galcerán

Veterinario Titular de Rubí

Técnico del Instituto Llorente de la Delegación para
Cataluña y Baleares

◆

A distinguit amic
i company

Jaume Lloca Ferrer.
amistosament

Lausubiliari
Rubi. Gener d'el 1961.

A la memoria y afectuoso recuerdo
del que fué mi maestro (1918-1919)

D. Jaime Gras Regás

Veterinario de Arenys de Mar,
clínico ilustre y gran figura de la
Veterinaria rural.

Ramón Vilaró

SEMINARIO DE CIENCIAS VETERINARIAS

Vida y ventura del Veterinario rural

Extracto de la Conferencia pronunciada en el Colegio de Veterinarios
de Barcelona, el día 12 de marzo de 1957,

por D. RAMON VILARÓ GALCERAN, Veterinario titular de Rubí

Técnico del Instituto Llorente de la
Delegación para Cataluña y Baleares

Indudablemente, la figura del veterinario rural constituye la base profesional y el eje central alrededor del cual gira todo el armazón que sostiene y mueve nuestra organización docente, estatal, provincial y municipal.

Sin querer menoscabar, ¡Dios me libre!, otros estimables sectores de nuestra carrera profesional, no hay duda alguna, como se decía muy bien en *Ciencia Veterinaria* del 10 de febrero último, que la forma clásica o ejemplar de la profesión en el agro, representa la mayoría y el sector más glorioso.

No obstante, pese a tales motivos, nadie hasta este momento, que yo sepa, se ha ocupado desde esta tribuna de su vida. Y además, teniendo en cuenta el factor juventud que nos acecha —y, cosa muy natural, nos empuja con energía, con savia nueva y, sobre todo, con nuevas técnicas y conocimientos recién adquiridos, que solamente algunos de nosotros, en un esfuerzo y alarde de pundonor personal, podríamos alcanzar a nuestros años—, es por lo que acepté gustosamente de nuestro Seminario el encargo de una conferencia o charla, como queráis, para deciros con toda sinceridad, sin eufemismos ni condescendencias, lo que pienso por lo que he aprendido por mí y de mis compañeros, de la vida y ventura del veterinario de pueblo.

Aunque al hablaros de cosas pasadas forzosamente tendré que hacer referencia a hechos vividos de manera personal, os ruego, con todo en-

carecimiento, que no veáis en ellas el más leve intento de autobiografía, ya que sólo tendrán mero carácter anecdótico para explicar mejor las andanzas por este mundo de un veterinario rural, pero... al fin, veterinario.

La mayoría de los que me escucháis, y desde ahora os pido humildemente vuestra benevolencia para oírme, seguramente que pocas cosas nuevas podréis escuchar, pues muchos ya lleváis años y años ejerciendo en vuestros respectivos partidos; pero la juventud que, por diversas causas, algunas de las cuales me interesa analizar, no conoce, porque no ha tenido ocasión, el pequeño calvario que hay que recorrer desde el momento en que se toma posesión de la primera titular hasta conseguir el éxito o triunfo, acaso le sea útil atenderme.

Cuando en 1919 empezamos a actuar, el panorama que ofrecía el campo de la Veterinaria no podía ser más desolador. Por aquellas fechas, estaba de moda la idea fatal de que la Veterinaria no es carrera... ni trote, sino un mal paso que se da en la vida. A finales del siglo pasado, se puso de moda poner en las tarjetas: *Doctor, Abogado, Licenciado*, etc.; pues bien, no faltó quien aconsejaba que, en lugar de poner en las dichas tarjetas la palabra *Veterinario*, era preferible poner: *Fulano de Tal. Suscriptor de "El Imparcial"*. Para ingresar en el Cuerpo de Veterinaria Municipal de Barcelona, había que hacer unas duras oposiciones, y al vencer en éstas..., el sueldo era de 2.200 pesetas al año. La clase no gozaba de prestigio y su influencia social era muy baja. Tanto era así que, para que se enteren las nuevas generaciones, voy a leer una especie de proclama o arenga, que ante la proximidad de celebrar una Asamblea Nacional de Veterinarios, escribió uno de los mejores paladines que tuvo la Veterinaria española:

“Venid vosotros, los veterinarios arrollados por el intrusismo, que tenéis que pasar por las horcas caudinas de reconocer beligerancia a un indocumentado, porque a él lo protege el cacique y en vosotros no piensa nadie hasta que no os necesita; venid vosotros, los que os veis obligados a recibir en el rostro la bofetada de una titular de veinticinco pesetas anuales, y exponed a la consideración pública esta enorme indignidad; venid vosotros, los que estáis constreñidos a ganaros el pan de cada día en los oficios más modestos, porque la profesión que os costó dinero, estudios y tiempo no os da ni siquiera para mal comer; venid vosotros los que no tenéis más remedio que aguantar los atropellos de monterillas y tiranuelos de calzón corto, porque os encontráis completamente solos en la lucha titánica contra el salvajismo de la aldea, sin que una frase de consuelo o de esperanza os venga de la aristocracia profesional para alentaros y protegeros en ese combate heroico; venid vosotros, los que habéis tenido que sucumbir a la horrible necesidad de vender vuestro título para encubrir la mercan-

cía de los intrusos, porque la vida os era tan contraria que no habéis podido manteneros de otro modo más decoroso; venid vosotros, los que alternáis con cocheros y rufianes en tabernas y tugurios, aunque esto repugne a vuestro espíritu y tengáis que hacerlo porque os sostenéis con su benevolencia y no con vuestro diploma de capacidad; venid todos vosotros, los parias, los olvidados, las víctimas principales de la desorientación de las clases directoras, que no han sabido hacer nada útil, pues el mismo Cuerpo de Inspectores de Higiene pecuaria resulta una excrecencia hipertrófica y solitaria, los que rodáis de pueblo en pueblo con desasosiego de hambrientos, los que vais buscando de kilómetro en kilómetro el bienestar que no encontráis nunca, pobres judíos errantes de una profesión que se disocia por impericia de unos, por maldad de otros y por estupidez de todos; venid a la Asamblea con vuestra característica social y humana y poneos en un haz apretado, enfrente de los pocos hombres felices de nuestra profesión, de esos hombres que se subieron sobre la clase para medrar, como los volatineros se suben sobre una banqueta para coger el trapecio, y como éstos la dieron un puntapié en cuanto se vieron arriba; y con vuestra presencia sed una acusación muda y elocuente, que me permita a mí, señalándoos y señalándolos, decir sencillamente, con la misma sencillez que se dicen todas las grandes verdades: *He aquí vuestra obra*".

* * *

Nuestra condición de rural hizo que, años más tarde, nos diésemos perfecta cuenta de que era preciso insistir y colaborar con los dirigentes que ponían todo su esfuerzo y su valer para despertar las ansias de capacitación, dignificación y mejora de la clase. Por esos motivos, en 1933 y entre otras muchas cosas, escribíamos para los compañeros: "Se hace indispensable al iniciarse una campaña pro vacunación del ganado, la actuación de los técnicos, y a un tiempo, aclarar un poco ciertas cosas. Haciendo honor a la verdad, hemos de decir que hace ya bastante tiempo que existen técnicos veterinarios en nuestra tierra, los cuales vienen preocupándose de las cuestiones ganaderas que tan particularmente nos afectan".

"De momento, es un hecho notorio, que el veterinario es el único profesional que en cada pueblo actúa, y tiene la obligación de trabajar en cuestiones ganaderas. Existirán algunos señores, también profesionales, que entiendan tanto e incluso, excepcionalmente, más que él, esto es posible, pero hay que convenir, también, que estos señores no acostumbran a vivir en un pueblo, ni actúan de una manera constante junto a la gente de nuestros campos".

"El veterinario, por su contacto diario con ganaderos y campesinos, por su directa y constante intervención en mataderos y paradas

de sementales para la reproducción, es el técnico que tiene más a su alcance el poder influenciar de una manera enérgica y continua en la producción del ganado. Y llevar, al mismo tiempo, un control verdadero”.

“Por este motivo, es necesario encargarle la implantación de los libros genealógicos y del control funcional, a fin de inscribir en los primeros, los animales que más rendimiento ofrezcan, y mantener al mismo tiempo en los segundos, un control para la prueba de aptitudes”.

“Es también el técnico quien dispone de más medios para afrontar las enfermedades infecciosas del ganado, previniendo y curando las epizootias, que de modo tan constante amenazan nuestro patrimonio ganadero, y que demasiado a menudo todavía, lo diezman a diestro y siniestro”.

“Es él quien, en el campo, debe saber y entender más de zootecnia y patología animal”.

“Nosotros creemos que lo peor que puede ocurrirle a una organización profesional, es que, por un mal entendido espíritu de clase, no se pongan al descubierto de una manera decente, pero implacablemente, las taras y defectos que roen su reputación, como consecuencia lógica de los fallos en el ejercicio de su cometido”.

“Es por este motivo que no queremos engañarnos y también porque no consideramos conveniente a los intereses de todos y cada uno de nosotros: por lo cual pretendemos cortar por lo sano”.

“Mientras exista quien con una vacunación mixta (Bruschetini) pretenda prevenir la peste y la septicemia porcina; mientras haya quien, con 8 ó 10 c. c. de suero como máximo, quiera curar unos casos de “mal rojo”, y al mismo tiempo también alguien pretenda vacunar contra la peste con 5 c. c. de suero y el virus correspondiente por dosis de vacuna completa; mientras tanto se dé el caso de que, una vez obtenido el diagnóstico bacteriológico de una infección que, con una seguridad esperanzadora, nos permite vislumbrar un éxito casi seguro de tratamiento, pero que una vez obtenido el resultado del análisis, nos encontremos que al compañero facultativo ya no le interesa poner el tratamiento en práctica, porque el coste del producto no deja suficiente margen económico, los fracasos se contarán por docenas, el veterinario no ganará prestigio ni honorarios, y el ganadero —que, con motivo, empezará a desconfiar de sus servicios facultativos— a lo sumo se decidirá a buscarse otro. O bien, en último caso, se arriesgará a hacérselo él mismo, ya que muchas veces por aquí se empieza”.

“Es absolutamente preciso que el veterinario renuncie para siempre a ser un parásito de la ganadería. Es necesario, siempre y en todo lugar, ser, eso sí, su inspirador, su forjador, su observador y su guía.

Es preciso que cada uno de nosotros, en el lugar donde actuemos, nos esforcemos en conocer y aprovechar todas las disponibilidades que nuestro terreno profesional nos ofrezca, y por raquíticas que éstas sean, hemos de pluralizarlas con nuestro esfuerzo personal continuado; pero siempre teniendo en cuenta, como una especie de obligación sagrada, que no fallen nunca aquellos resortes inherentes al ejercicio de nuestra carrera que pueden poner en grave peligro la riqueza pecuaria del país, la cual, por el hecho de verse confiada a nuestras manos, tenemos el deber ineludible de salvaguardar”.

“Por todos los medios a nuestro alcance, es necesario que no quede ningún compañero, por la causa que sea, que ignore un día más lo que para nosotros y para la ganadería de nuestro país representa el éxito de las vacunaciones bien hechas; es ineludible hacer llegar la voz a todos los rincones de nuestra tierra donde haya un veterinario que actúe, para demostrarle que el hecho material de inyectar con una jeringa una dosis de virus, de suero o de cultivos, etc., en una res, no es, ni mucho menos representa, la décima parte de la técnica vacunal; hay que ir explicando detalladamente, de comarca en comarca, mediante personal apto y dispuesto para llevar a cabo esta tarea de peregrinaje aleccionador, que para asegurar el éxito de la vacuna es necesario tener en cuenta una serie de detalles precisos, de oportunidad, de raza, tiempo, clima, comidas, parasitosis, corrales y lugar de vacunación. Y que, además, es conveniente no desconocer una cantidad de reacciones post-vacunales que pueden presentarse, ensombreciendo los resultados, y que descuidadas algo más, pueden malograr el éxito de la operación mejor realizada poniendo en contradicción la pericia del profesional e incluso la calidad de los productos empleados”.

* * *

Según me han contado, en Francia y durante los últimos años de la carrera, los estudiantes practican unos cursos de equitación, motorismo y automovilismo... Pues bien: no creo que sería mucho pedir que, a falta de todo este derroche deportivo, en nuestras Facultades se preocupasen de dar, además de las mejores enseñanzas técnicas y prácticas, buenas armas para luchar y, muy especialmente a nuestros noveles veterinarios, para protegerse de los peligros y vaivenes de la vida; es decir, un poco de mundología. Ya que es muy triste que la mayoría de ellos no tengan otro remedio que aprenderla a fuerza de disgustos, patinazos y contratiempos que, al correr de los años, forzosamente habrán de dejar deplorables huellas en su persona y en su carácter. Pues, como decía el gran pensador Luis Vives, “Cuán poco es y cuán poco cuesta saludar, ser afable, ser bien criado, honrar a todos, y es de considerar cuán gran fruto da una cosa que tan poco cuesta”.

Un poco de mundología, insisto, aconsejaría al joven veterinario que se posesiona por primera vez de un partido, *qué es lo que se debe hacer y sobre todo, qué es lo que nunca se debe hacer.*

El veterinario rural, siempre que sea posible, y suponemos que algunas cosas le podrán ser difíciles pero jamás imposibles, ha de tener en cuenta una serie de formulismos y detalles referentes a su persona, familiares, hogar, relaciones impuestas por el desempeño de su cargo, relaciones más ampliamente sociales, recreativas y de vecindad, que poco a poco, y al pasar el tiempo, han de crear, fomentar y mantener una aureola de prestigio y simpatía alrededor de su persona en el área, más o menos extensa, del lugar en donde habita. Todo ello requiere atención y esfuerzo, pero cada paso dado en este sentido tiene notable importancia dentro del ambiente tradicional que simboliza y caracteriza, dándole relieve a la figura del llamado veterinario de pueblo.

El gran escritor catalán José Plá nos cuenta maravillosamente en su novela El Carrer Estret el trabajo y las preocupaciones que le ocasionan a un veterinario joven, recién llegado como titular de un pueblo cercano a la Costa Brava, el buscar un piso espacioso y decente para instalarse en él con toda la dignidad y el decoro que requieren el simple hecho de establecerse a ejercer su profesión de veterinario. Desde luego, la mansión o residencia del veterinario en el pueblo representa un hecho real, que entra por los ojos al público, y según sea ella de cuidada, noble y seria, así será la predisposición al buen criterio que ejercerá sobre el juicio de los habitantes de la misma localidad y de los visitantes que, debido a sus funciones o amistades, el veterinario tenga que desarrollar.

En 1919, se publicó en Italia un tratado sobre las costumbres de la alta sociedad, y en él se decía: "El auténtico señor, no habita en una casa, sino en un palacio". Y, a continuación, definíase: "Palacio es aquel edificio que no tiene tiendas; pero sí, en cambio, una entrada para coches, un vasto patio, un jardín; distintas escaleras, para los señores y para el servicio; piso noble, exclusivamente destinado para recepciones; amplios sótanos, para cocinas, bodegas y otras comodidades". Menos mal que en el mismo tratado se hacía esta aclaración: "El que no pueda concederse tanto, sabrá al menos aproximarse". Hoy, todo esto, que antes caracterizaba a un palacio, se encuentra únicamente en excepcionales casos, y si la condición de señor viniese ahora, como antes, supeditada a una vivienda de esta clase, en la mayoría de las capitales sobrarían dedos de la mano para contarlos. Pero, en cambio, hay muchos auténticos señores que viven en casas y pisos que no pueden llamarse palacios ciertamente, mas no debemos lamentarlo, porque es la cualidad espiritual la que califica al verdadero señor. Y señores son también muchos de los que habitan pisos económicos y el que en estos

momentos os está hablando ha tenido la gran satisfacción de saludar en sus residencias a compañeros rurales que eran verdaderos señores en sus modestas casas de pequeñas ciudades y villas o pueblos. Estos compañeros denotaban su señorío por la prestancia de su persona, por la forma de expresarse y por la corrección de sus modales. Recuerdo que, allá por 1933 y con motivo de investigar las supuestas causas que producían accidentes post-vacunales a los cerdos inyectados con suero y virus Pitman contra la peste porcina, y como yo no soy bacteriólogo, pedí auxilio al compañero que en aquellos días, era el Delegado Técnico de la Zona de Andalucía, don Rafael Martín Ribas... Entonces recorrimos muchos kilómetros, y a lo largo de ellos, ¡con cuántos “señores” veterinarios o, mejor, veterinarios “señores” tropezamos! Pienso en Antonio Martí Morera, en Brugal, en Carbó, Aleu, Salas, Vives y en tantos y tantos más.

El veterinario de pueblo, era la figura que, como un pararrayos, atría sobre su persona las ironías más mordaces de la gente poco instruída y peor educada, pero lo malo era que también, a menudo, hacíanle objeto de bromas de muy mal gusto por parte de los ilustrados. Y hemos oído muchas veces cómo, al referirse a un mal colega entre los médicos, lo calificaban de veterinario. ¡Quién había de decirles a estos buenos señores, que llegaría un día que en la Facultad de Medicina acogerían para estudiar y saldrían médicos de allí, a estudiantes que no pudieron pasar por la Facultad de Veterinaria!

Es, desde luego, muy reconfortable para nosotros el poder contemplar cómo, de la tristemente ridícula figura de *El Menescal de Bañolas*, de Serafí Pitarra, al novel Veterinario Titular, protagonista de la novela de José Plá *El Carrer Estret*, Premio Joanot Martorell 1954, existe todo un mundo de diferencia, con una separación inmensa en la humanidad de los dos tipos presentados en las tablas uno, y en la novela otro, que marcan a la Veterinaria una fuerte marcha ascensional en lo social, profesional y coeficiente o índice de cultura.

El veterinario rural es, muchas veces, el profesional que acusa más directamente el impacto de la curiosidad de la gente de pueblo y ello tiene muy variadas y curiosas consecuencias. En dichos lugares, suelen vegetar, casi siempre, media o una docena de individuos con más malicia que sentido común y con muy pocas ganas de trabajar. Acostumbrados como estaban a que antes, desgraciadamente con alguna frecuencia, el veterinario era un pobre señor, excepcionalmente poca cosa más, ahora les parece algo insolente, por no decir insultante, o simplemente intolerable, que el para ellos, nuevo veterinario, goce de una cierta independencia, profesional, social y económica. Con el fin de evitarse sorpresas desagradables, el compañero joven deberá procurar el ponerse a cubierto de trances más o menos peligrosos que, indudable-

mente, tratarán de tenderle las bajas pasiones pueblerinas empujadas casi siempre, por la ponzoña de la envidia, acuciada a su vez por el despecho o el coraje que produce a la mala gente el espectáculo de una vida limpia y honesta, un proceder ecuánime, una esposa bonita y virtuosa, unos hijos aventajados o, simplemente, un coche para visitar, ni viejo ni feo. Para muchos, estos lujos no le estaban permitidos, hasta no hace mucho, al veterinario del pueblo. En las grandes ciudades, estos peligros no existen, porque uno puede pasar perfectamente inadvertido y la gente no se conoce, pero en los pueblos... ¡Válganos Dios!

También por esos pueblos es muy frecuente encontrarse con algunos ejemplares de una fauna, por suerte no muy abundante, integrada por tipos verdaderamente raros a quienes el vulgo, a su manera, califica de "locos"; pero que, en realidad, no lo son, lo que no obsta para que no hayan de considerarse mucho más peligrosos que los locos de verdad. Son gentes que tienen malas pulgas, de los que hay que rehuir decididamente, cerrándoles el paso y manteniéndoles siempre, mucho más lejos de una prudencial distancia. No pueden gastar educación, por la sencilla razón de que nunca la recibieron; su capacidad sólo concibe el mal y su memoria almacena odios y venganzas. ¡Cuidado, mucho cuidado con ellos, compañeros, que si no sabéis esquivarlos podréis tener serios disgustos!

Recuerdo asimismo, cómo, no hace muchos años, circulaba gratuitamente entre la clase una revista de tipo comercial, y en la portada de la misma había un dibujo que representaba a un compañero de ciudad leyendo el periódico sentado a la puerta de su clínica en cuya fachada se leía VETERINARIO... Un labriego, sombrero en mano, le suplícaba: "Señor profesor, le ruego un remedio para mi caballo que está enfermo y desahuciado por los veterinarios *del pueblo*". Y el "señor profesor" respondía: "¿Has probado el tópico tal?". Alguien debió hacer observar el patinazo al laboratorio y... ¡claro!, el anuncio desapareció. Lo evoco y lo subrayo también por su sentido, por lo que tiene de aleccionador.

* * *

Insistiendo en mi preocupación por los jóvenes, y como fruto de mi experiencia, me atrevo a darles unas normas... Es decir, a ofrecerles una suerte de DECÁLOGO para crear un buen partido. He aquí los puntos que constituyen este DECÁLOGO:

- 1.º — *Permanencia y continuidad.*
- 2.º — *Los intereses del cliente, primero.*
- 3.º — *Don de gentes o mundología.*
- 4.º — *Seriedad.*
- 5.º — *Señorío. Lo que implica no ser pedante, presuntuoso ni adulator.*

- 6.º — *Dignidad profesional (Honradez).*
- 7.º — *Cultivar disciplinas mentales ajenas a la profesión.*
- 8.º — *Pasión para el ejercicio clínico.*
- 9.º — *Estar al día.*
- 10.º — *Confianza en sí mismo.*

* * *

Otra cosa que se me ocurre, pensando en la juventud, es la de darles ánimos, fe en sí mismos y confianza en el porvenir, para que no desmayen en la lucha, ya que al poder contemplar, aunque no sea muy felizmente recordada la que tuvimos que sostener las generaciones que salimos de las escuelas especiales del 1915 al 1920, las primeras que ingresamos con el título del Bachillerato recién acabado, podrán hacerse cargo que, por encima de todo, lo que vale y cuenta es el factor hombre, máxime cuando lo dirige y domina una voluntad que jamás se rinde delante de los obstáculos reales o ficticios.

En vuestro caso, como muy bien dijo el otro día el querido amigo don Salvador Riera, el mal ya está hecho. Pero no tenéis vosotros la culpa ni nosotros tampoco, y si fuésemos a analizar bien las cosas, puede que el origen viniera de nosotros y la continuación vuestra y nuestra.

El egoísmo que tantas nobles aspiraciones y propósitos e intentos ha frustrado, es sin duda, la causa de que por algunos veterinarios se enfoque y se mire mal vuestro problema.

De todos modos, permitidme que manifieste mi particularísima y personal opinión de que, mientras se declaren cerrados los partidos constituidos por la agrupación de diez o doce pueblos que rinden al titular más de 250.000 pesetas al año, y entre tanto haya partidos en los que antes había dos veterinarios y ahora se cierran con uno, y mientras se junten dos partidos que tenían dos titulares para crear un nuevo partido con sólo un titular, y no se acabe con la inmoralidad que supone el hecho de que se perciban honorarios oficiales por tres o cuatro cargos distintos desempeñados por una misma persona, y no se dé al traste con los titulares camuflados que, como asimismo señaló don Salvador Riera, hinchan el escalafón, negar la posibilidad de solucionar, en parte la plétora profesional que reduce al paro forzoso la flor y nata de nuestra juventud, es una ironía que, si no tuviese un trasfondo harto dramático, daría tanta risa como el leer en la prensa profesional que, incluso, se les puede negar capacidad técnica para vacunar un perro.

Y, por encima de todo esto, yo no sé de ninguno de éstos jóvenes que haya renegado de la profesión. Por contraste, sería un poco aventurado decir lo mismo, por lo que he podido oír, de compañeros vergonzantes ante la palabra veterinario y que reciben pingües emolumentos sólo y exclusivamente por la condición de tales. Hemos manifesta-

do, al comenzar, que tenemos por norma hablar claro. Y, finalmente, también creemos nos será permitido confesar la esperanza y la fe inquebrantable que tenemos en los destinos de la juventud veterinaria, la que pase lo que pase, irremisiblemente, el día de mañana y una vez superadas todas las dificultades, sentirá en su pecho la responsabilidad del triunfo y el vértigo ascendente de la Veterinaria Española a la cual todos nosotros tanto queremos y por ella todos juntos luchamos estrechamente unidos y hermanados.

D I S C U S I O N

DR. SÉCULI. Quisiera añadir una anécdota más a las expuestas por el doctor Vilaró, la cual demuestra plenamente cómo nuestro ilustre conferenciante ha sabido ser siempre, incluso en los momentos más difíciles, un verdadero SEÑOR.

Era en noviembre de 1936, cuando un mediodía mi padre (e. p. d.), Veterinario municipal de Barcelona fué detenido por aquellas desgraciadamente famosas patrullas de control. Como mi padre me había indicado el nombre de algunos compañeros municipales de Barcelona, que por su ideología y situación, tal vez pudiesen hacer algo en su favor si fuese detenido, acudí rápidamente a dos de ellos reunidos en un café de las Ramblas, hoy desaparecido.

A los pocos minutos me encontraba de nuevo en la puerta del local, desalentado y enormemente decepcionado, ante la frialdad e indiferencia con que fuí recibido. Con la tristeza consiguiente me dirigí al Colegio, donde encontré al señor Vilaró, con su aspecto y su presencia que todos conocéis, de hombre de carrera, de señor, de gran rentista.

Y no obstante las circunstancias y las apariencias el señor Vilaró, no sólo me atendió con la mayor amabilidad y deferencia, sino que me acompañó a visitar algún comité de control del que sospechábamos podía haber salido la orden de detención, que terminó con el asesinato de mi padre, ya que no pudimos volverle a ver ni saber de él en vida.

Aquel comportamiento y actitud del señor Vilaró bien merecen completar este cuadro que nos ha descrito sobre "Vida y ventura del Veterinario rural". Pocos podían con tanta propiedad romper una lanza en favor del prestigio y la máxima consideración que el veterinario merece y a la Veterinaria debemos ya que él ha cuidado siempre el prestigio profesional, y ha sabido ser en todo momento incluso en los más difíciles, un verdadero, un auténtico veterinario SEÑOR.